

# La España del XIX vista por los viajeros extranjeros

Nieves PUJALTE CASTELLÓ  
Texas State University

Sabido es cuán difíciles y aventurados eran los viajes en Europa a lo largo del siglo XVIII y buena parte del siguiente. La inestabilidad política, el bandidaje, unos medios de locomoción incómodos y lentos hacían lamentarse a Mesonero Romanos todavía en 1841 de que España estaba «aún poco más o menos en el mismo grado de incomunicación que en el pasado siglo» (1925: 46). La Guerra de la Independencia (1808-1814), *the Peninsular War*, como la llamaron en Inglaterra, había paralizado la transformación de las vías de comunicación emprendida en tiempo de Fernando VI que se desarrolló bajo el reinado de Carlos III. Los caminos cayeron en el más absoluto abandono, las paradas de postas y posadas estaban la mayor parte caídas, y los puentes y calzadas rotos obstruían por todas partes el paso al viajero.

Tras la sangrienta contienda, se produjo una corriente de hispanofilia en Europa y, aunque no había cambiado mucho la situación económica, política y social de España, la sensibilidad de quienes la recorrieron se había transformado. Aquellos viajeros llegaron deseosos de conocer la diferencia cultural de un país que se presentaba ante ellos con un perfil oriental y, más concretamente, árabe, que retrataron tanto en términos idealizadores como críticos. Multitud de escritores y pensadores de la época como Washington Irving, George Borrow, Théophile Gautier, Alejandro Dumas, George Sand o Prosper Mérimée contribuyeron a la difusión de España como el país romántico por excelencia que se convirtió a su vez en fuente de temas y escenarios predilectos del periodo. España era la patria de Calderón y de Cervantes, que los críticos alemanes desde Schegel hasta Tieck y Wolf proclamaron como la tierra del romancero y la cuna de Lope de Vega, cuyo teatro había creado la nueva dramática contra las reglas aristotélicas. Las obras de aquellos autores del Siglo de Oro español constituyen, en muchas ocasiones, las guías que determinan la mirada de aquellos viajeros modificándose la significación y la calidad de los relatos.

Llegaron a la Península por tierra y por mar,<sup>1</sup> atraídos principalmente por el exotismo de Andalucía. Recorrieron el interior en mulas, en coches de colle-

1. Para conocer más sobre los papeles necesarios para viajar en la España de la época, véase Gonzalo Menéndez Pidal, *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, vol.1, pp. 237-240.

ras, que eran carros de cuatro plazas, en calesines que solo tenían dos asientos, en diligencias que, según Martín Haverty, se parecían a las francesas (1843: vol. 1, 55-56), y siempre que era posible aprovechaban el servicio de postas. En 1830 Francisco Javier de Cabanes publica una *Guía general de correos, postas y caminos de España* con un mapa itinerario en el que además de consignar las carreteras montadas para viajar en ruedas y a la ligera, consigna en todas ellas las paradas de postas.<sup>2</sup> Así, en aquella época había una red radial que conectaba Madrid con Castilla la Vieja y León, Galicia, Asturias y Vascongadas. En la España meridional conectaba Madrid con Portugal a través de Extremadura y con el valle del Guadalquivir. Para el este de la Península, Cabanes marca la ruta que comunica Madrid con Barcelona y baja la costa mediterránea pasando por Tarragona hasta Valencia desviándose hacia el interior por Tarancón hasta Madrid. En su conjunto, esta red de caminos nos revela un retroceso, pues las postas de 1830 cubrían casi la mitad de los itinerarios descritos en 1761 por Campomanes.

Fueron menos quienes hicieron el viaje por mar; llegaron principalmente por razones comerciales o disfrutando de algún permiso naval. Como se recordará, en España y hacia la primera parte del Ochocientos hubo un número considerable de militares que tomó parte en la Guerra de la Independencia y otro grupo más reducido en la Primera Guerra Carlista (1833-1840), en la que participó la Legión británica del lado isabelino. Fruto de un permiso militar es la obra de Alexander Slidell Mackenzie titulada *A year in Spain by a young American* (1831) en donde abundan las alusiones despectivas al absolutismo de Fernando VII, de tal modo que por Orden real se le negó a su autor su permiso para volver a España y se prohibió su obra. A pesar de esto, una vez acabada la prohibición, volvió en enero de 1834; viaje del que fue resultado *Spain Revisited* (1836). Fruto del exilio fue el viaje de Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Blanco White, Ángel Saavedra, José de Espronceda, Mesonero Romanos y Mariano José Larra quienes abandonaron los peligros de una patria adversa hasta la muerte de Fernando VII. En 1835, Larra refiriéndose al exilio de aquellos intelectuales y al intercambio cultural europeo comentó a propósito de las nuevas diligencias: «Los tiranos generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un modo de transportar paquetes y personas de un pueblo a otro; seguros de alcanzar con su brazo de hierro a todas partes, [...]; no han considerado que las ideas se agarran como el polvo a los paquetes y viajan también en diligencia» (Larra, 2000: 308).

2. En 1828 Santiago López publicó una nueva *Guía de Caminos* en la que distingue los caminos de ruedas de los no lo eran. En la *Nueva guía de caminos* podemos ver un aumento de comunicaciones de Madrid a Castilla la Vieja y León y de Galicia, Asturias y Vascongadas a Francia; Portugal también mejoró su red de carreteras como muestran las vías de Ciudad Rodrigo a Oporto, de Salvatierra a Coimbra, y de Badajoz a Lisboa. En la España meridional la novedad más importante la constituyó el enlace entre Extremadura y el valle del Guadalquivir. Véase Menéndez Pidal, *España en sus caminos*, pp. 236-237.

La mayor parte de aquellos viajeros que visitaban la Península eran ingleses, franceses y alemanes, aunque también hubo irlandeses, italianos e incluso estadounidenses. Los ingleses asistían a tertulias, tomaban notas, dibujaban ruinas y visitaban lugares pintorescos provistos de una enorme curiosidad, de ahí que Ian Robertson haya titulado su libro *Los curiosos impertinentes*. Llegaron a convertirse en «tipos» en el sentido costumbrista de la palabra, por su manera de hablar, por su indumentaria, y por unas costumbres que a los españoles les parecían estafalarias, y quedaron incorporados a la literatura española como personajes entrañablemente cómicos y excéntricos. De muestra servirán las alusiones a las estafas de que eran víctimas los turistas británicos en el alquiler y venta de medios de transporte en el artículo de Andrés Miralles «Un pueblo de porcelana» publicado por *Las Provincias* en 1893; el que pintó Estébanez Calderón en «El roque y el bronquis» o el irlandés que Fernán Caballero pintó en *La Gaviota* (1849), del que nos cuenta cómo quería encontrarse con José María el Tempranillo, a quien había idealizado con el cliché literario del bandido generoso, y lo imaginaba con «un hermoso traje andaluz y con su botonadura de doblones de a cuatro». Al fin, *Verde Erin*, como graciosamente lo llamaba Fernán Caballero con la voz narrativa de Rafael, tuvo un encuentro con unos ladrones, pero «pedestres, comunes y vulgares», quienes le maltrataron, le desnudaron y le dejaron sin conocimiento atado a un árbol hasta que le recogió una anciana; y, como explica Rafael, no había nada que inspirara más horror a un inglés que lo vulgar, el pobre Erin se sintió humillado y denigrado al dejarse robar por unos simples salteadores (Fernán Caballero, 1991: 283-286). Fueron precisamente los viajeros románticos quienes distinguían entre los simples malhechores que pululaban por los caminos, en el sentido de que actualmente nos referimos a un delincuente, y aquella imagen idealizada de los bandoleros andaluces, prototipos del bandido generoso, tipificados en los desfiladeros de Sierra Morena y del que fue figura legendaria José María el Tempranillo. Hubo incluso quienes llegaron en su búsqueda, como Charles Dembowski, pero nunca llegaron a encontrarse con ellos, o quienes, como el teniente de navío Alexander Slidell-Mackenzie en su primer viaje a España fue uno de los pocos a quienes robaron dos veces a su paso por la Península o Richard Ford quien se encontró con el mismísimo José María.

La relación de los diferentes viajes de estos viajeros ingleses destaca siempre la extrañeza de unas gentes que tendían a interpretar como francés todo lo que les parecía extranjero. La escena que Henry Inglis dedica a Sagunto recoge la narración de un breve incidente con las autoridades de la localidad que revela en primeras impresiones los prejuicios culturales asociados con los franceses en la España de la época. Relata que se hallaba contemplando la fortaleza de Sagunto cuando fue detenido por un oficial que, sin previa explicación, le informó que tenía órdenes de llevarlo a la casa del gobernador. A pesar de que el viajero inglés no mostró resistencia, contaba con un cierto asombro cómo un cabo y un soldado, con un mosquete al hombro, le condujeron por toda la ciudad hasta la casa

del gobernador. La crítica no va dirigida únicamente a las fuerzas militares, sino también a la pereza y la incompetencia de los altos cargos gubernamentales. Cuenta así que una vez allí tuvo que esperar al dirigente por una hora por encontrarse de paseo con su esposa. A su vuelta y tras aparentemente revisar su pasaporte inglés le explicó que había sido detenido, porque los soldados le habían confundido con un espía francés. Sin embargo, no duró mucho su libertad, por la noche cuando el viajero estaba tomando la cena con una buena botella de vino en la posada, le anunciaron la visita de dos oficiales: uno era el alcalde que llevaba un sable atado a su cintura y el otro era un amigo del militar. Tras disculparse por su repentina intrusión, el regidor de la ciudad le explicó que el gobernador era tan corto de vista que no había podido leer su país de origen en el pasaporte, por lo que le había enviado en su busca. Le informó además que todas las ciudades fortificadas de la costa habían recibido órdenes de observar detenidamente a todos aquellos de aspecto extranjero, especialmente francés, a los que el gobernador de Sagunto, en concreto, les había prohibido la entrada a la fortificación. Inglis desconocía esta ley, por lo que no solo había entrado sin solicitar permiso, sino que se había detenido en el escrutinio de las murallas y los terraplenes causando así las sospechas de los militares (Inglis, 1831: vol. 2, 352-353).

También fue detenido Richard Ford por dibujar las ruinas romanas de Mérida y Edward Locker quien llamó la atención de los aldeanos cuando le oyeron hablar en mal castellano con sus criados. El primero llegó deseoso de vivir riesgos y aventuras y recorrió más de dos mil millas a caballo y el segundo llegó ansioso de conocer la España de las comedias de capa y espada del Siglo de Oro. Locker relata con cierto tono humorístico cómo a su llegada a Alcira la imaginación de los naturales le transformó rápidamente en un espía francés e insistieron en que tenía que ir a ver el corregidor. Así, lo hizo entendiendo el fundado temor de los aldeanos, quienes le acompañaron arrastrados por la curiosidad y el recelo. Tras mostrar al corregidor su pasaporte inglés firmado por Lord Wellington se aclaró el error, y avergonzados le pidieron disculpas, lo que para el autor no hacía más que demostrar la fuerte lealtad de los españoles (Locker, 1824: s.p. [texto de la lámina n.º 48]). Se produce así en estos relatos el viejo tema costumbrista del ser normal en su propia sociedad que resulta extraordinario en la ajena. El viajero educado se convierte así en objeto de diferenciación y se da aquí una manifestación de lo que Mary Louise Pratt llama «visión recíproca» en la que los nativos observan con cierto temor la singularidad de ropas, aspecto físico y lenguas diferentes de unos forasteros que a su vez les observan, y que carecen de unos conocimientos elementales en la región (Pratt, 1992: 82).

El miedo a una nueva invasión no era en absoluto injustificado, pues, antes de la Guerra de la Independencia los franceses habían enviado espías que anotaron, dibujaron y catalogaron cuanto quisieron (Pardo de Santayana, 1995: 504). Santiago Bru Vidal incluso menciona la posibilidad de que Alexander de Laborde hubiera servido como espía a las órdenes de Napoleón I (Bru Vidal, 1995: 120); sea lo que fuera este viajero francés de padre valenciano, como José

Alberich ha señalado, su *Itinerario descriptivo de las provincias de España* «vino de perlas a los generales franceses para el despojo de las iglesias» (Alberich, 1981: 33). Recelos aparte, los españoles simpatizaban con el viajero de habla inglesa y no con el de lengua francesa. No gozaron de las simpatías de un pueblo que luchó contra ellos en la Guerra de la Independencia y fue invadido de nuevo en 1823. Tampoco contribuyeron a mejorar las relaciones entre unos y otros aquellos relatos de viajes por España escritos por autores allende los Pirineos mal informados que situaban a los españoles entre la civilización y la barbarie. Conocido era el proverbio «Africa empieza en los Pirineos» que los escritores franceses principalmente divulgaron por el resto de Europa.<sup>3</sup> Se pueden encontrar huellas de este espíritu antigalo en la literatura de la época con el retrato de aquel sector de la nobleza y la burguesía que imitaba todo lo que procedía de Francia. La misma Fernán Caballero pintó a Eloisa en *La Gaviota* como un personaje totalmente ridículo que denigra a su país por caracterizarlo de atrasado y sin gusto frente a lo foráneo; y otros costumbristas, como Antonio Flores, criticaron el afrancesamiento en el hablar de los españoles. Pero la influencia francesa se extendía por toda Europa y modas y costumbres experimentaban una rápida transformación. En España, la clase media, formada en sus mayor parte por empleados y pequeños comerciantes, deseaba confundirse con la clase superior adoptando las novedades extranjeras. Deseo en definitiva de no parecer lo que eran, a pesar de la realidad de una situación económica poco desahogada, sacrificando así el bienestar personal y llevando «sórdidas y heroicas existencias de quiero-y-no-puedo» recogido en la literatura del XIX (García Castañeda, 1971: 131). Las protestas por el progresivo afrancesamiento en el vestir de las mujeres y la pérdida de la identidad nacional se hace evidente en artículos, como «Adornos de tocador» (1837) y «Los principios de 1789 y las modas francesas» (1854), publicados en el *Semanario Pintoresco*, y en relatos, como *Voyage en Espagne* (1845) de Théophile Gautier quien se lamenta de la influencia del mundo moderno en la ropa de las españolas, pues habían abandonado el traje regional por un «horrible traje anglo-francés» que el autor francés denigraba comparando sus mangas con la forma de un jamón (Gautier, 1998: 380).

La Guerra de la Independencia no solo confirmó la antigua enemistad entre franceses y españoles sino también entre franceses e ingleses. Y, aunque, como señala Erasmo Buceta, en un principio, los franceses ganaron la simpatía de los *whigs*, es decir, de los liberales ingleses, quienes sentían admiración por la Revolución francesa (1789), la actitud imperialista de las tropas napoleónicas ganó rápidamente su enemistad (Buceta, 1923: 5). Si consideramos además que las tropas inglesas participaron en la Guerra de la Independencia del lado español, no resulta sorprendente que la mayoría de estos testimonios estén repletos

3. Véase Voltaire, «Gobierno y costumbres de España desde Felipe II hasta Carlos II», en *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*, pp. 568-575.

de alusiones a los efectos devastadores de las tropas francesas en las tierras españolas.

Edward H. Locker, quien gustaba poco de los franceses, culpó a la invasión napoleónica no solo de la decadencia económica de España, sino de la abundancia de salteadores tras la Guerra de la Independencia. Al acabar el conflicto bélico, las gentes estaban tan familiarizadas con el saqueo y la violencia que muchos no quisieron incorporarse al telar y el arado<sup>4</sup>, por lo que se convirtieron en bandidos o en contrabandistas causando así «el terror de los ciudadanos más laboriosos» (Locker, 1824: no n.º p. [«Prólogo» a la obra]). Sin embargo, la Guerra de la Independencia y la miseria de la postguerra solo acrecentaron un problema ya existente en el país y que la Administración del país intentó solventar con una amplia operación represiva en la que indultos, batidas y hasta ley de fugas con tiros por la espalda fueron gran parte de los recursos utilizados. De hecho, el fenómeno del bandolerismo tiene una larga trayectoria histórica que puede rastrearse hasta la antigüedad clásica y que continúa vigente hasta bien entrado el siglo XIX. Remontándonos a los tiempos clásicos, encontramos el bandidaje desde los lejanos tiempos de Viriato, cuando un pastor lusitano luchaba contra los romanos invasores, y que tuvo su continuación en la Edad Media con las acciones de los «resistentes» de la época califal frente al poder del Islam, y en el siglo XIII con los asaltos a las caravanas de mercaderes en el Camino a Santiago. El bandidaje continuó a lo largo de los siglos pero con la Guerra de la Independencia muchos de aquellos bandoleros, como Jaime el Barbudo y Diego Padilla, quien fue comandante de Los Siete Niños de Écija, gavilla a la que perteneció en sus inicios José María el Tempranillo, se hicieron guerrilleros para combatir al común enemigo francés, contribuyendo así a su idealización popular y literaria. El bandolerismo no se puede reducir, por tanto, a una época histórica concreta ni ubicarlo en zonas geográficas determinadas, aunque, como apunta Emilio Soler Pascual, haya tenido mayor incidencia «atendiendo a su conexión con situaciones políticas particulares» (Soler Pascual, 2011: 20). En España, y principalmente en Andalucía, surgió en momentos de debilidad de poder y como reacción a una sociedad atrasada técnica y económicamente en la que el auge de la economía agraria y de la población se basaba únicamente en la capacidad de extensión de los cultivos.<sup>5</sup>

Esta mirada condicionada por el peso de estereotipos culturales va acompañada de consejos y advertencias para evitar el peligro de robo. Enfatizan de forma reiterada el peligro de recorrer determinados tramos como las comarcas de la Marina, el valle del río Vinalopó y las huertas del bajo Segura en donde operaban numerosas bandas, como las del Caco, el Villena, el Comarejo, el Gato o

4. El anónimo autor del artículo «Los contrabandistas» culpaba de la delincuencia al proteccionismo económico de los países, porque las fronteras se poblaban de ladrones, borrachos y jugadores que practicaban el contrabando. Véase «Los contrabandistas», *Semanario Pintoresco Español* (1840: 239-240).

5. Véase la obra de Emilio Soler Pascual titulada *Bandoleros. Mito y realidad en el romanticismo español*.

la de Jaime el Barbudo mejor conocido en la región como el Barbut.<sup>6</sup> Martin Haverty en su relato titulado *Wanderings in Spain in 1843* (1847) aconseja tipos diferentes de transporte según las condiciones del terreno y recomienda viajar en la medida de lo posible por los caminos principales y en diligencia; aunque era consciente de que el problema principal estribaba en que la mayoría de las vías eran menores (Haverty, 1847: 55-56). Y Whittington señala que en la Plaza de San Francisco en Valencia, junto al convento del mismo nombre,<sup>7</sup> se podían encontrar cocheros y muleros<sup>8</sup> con los que los viajeros podían ajustarse (Whittington, 1808: vol.1, 86). Se hacía necesario además realizar el desplazamiento en grupos o acompañados de una escolta militar, por lo que los viajeros espontáneamente se agrupaban sin previo acuerdo o compromiso verbal de defensa, llegando a veces a formar expediciones numerosas. Se podía conseguir una escolta de jinetes que eran además útiles a la hora de procurar provisiones y alojamiento, pues disponían de salvoconductos de sus coroneles que a su regreso les autorizaban a pedir provisiones y alojamiento gratis. Así, Whittington viajó con un italiano y un danés, quienes atemorizados, se le unieron en el camino a Murviedro e Inglis fue con cuatro soldados de Fuente la Higuera, que iban armados con pistolas, espadas y bayonetas (Whittington, 1808: vol. 1, 74; Inglis, 1831: vol. 2, 309-310).

Estos relatos no son testimonios aislados, sino muy representativos de un fenómeno muy representativo de la literatura de viajes del Ochocientos, pues muchos foráneos llegaron con prejuicios e ideas preconcebidas y creyeron ver ladrones y criminales en donde solo había humildes provincianos. Ateniéndose a sus lecturas del Siglo de Oro español, Mackenzie menciona cómo en las novelas y en los romances cada personaje de importancia tenía asesinos a su servicio que en su mayoría eran de Valencia. La misma experiencia del norteamericano corro-

6. La vida del célebre bandolero se ajusta al canon literario del *bandido generoso*: joven bueno y honrado que trabaja como guardia jurado en la hacienda del marqués del Pino, enamorado y correspondido por Consuelo, la hija del marqués, debe huir a la montaña cuando el padre de la joven descubre los amores de los jóvenes. Pronto monta su propia pandilla y al grito de «¡Viva el Barbut!», en castellano, «¡Viva el Barbudo!» lucha contra el invasor francés en la guerra de la Independencia. El final, aunque, a veces es feliz, en este caso acaba mal para el fugitivo: acabada la guerra, Fernando VII indulta a Jaime que se retira a Crevillente, pero incapaz de adaptarse a esta vida mísera vuelve a reunir a sus antiguos compañeros. Entre las acciones «generosas» del bandolero se encuentra el reparto entre los habitantes de Crevillente de los 20.000 pesos del secuestro de un comerciante de Orihuela y el pago de los impuestos de por lo menos cinco aldeas. El gobierno liberal no accederá a su posterior petición de indulto y continuará sus correrías por la sierra de Crevillente, esta vez al grito de «¡Viva Fernando, viva la Religión y muera la Constitución!» hasta su muerte en la horca por parte de los mismos absolutistas a los que había apoyado. Véase Anónimo (1876), *Historia verdadera del famoso guerrillero y bandido Jaime el Barbudo o sea el terror de la sierra de Crevillente*, Madrid, facsimil.

7. El convento de San Francisco se encontraba en el espacio que hoy ocupa la actual Plaza del Ayuntamiento.

8. En la conducción de recuas eran famosos los arrieros naturales de Maragatería comarca en la provincia de León, que hacían casi todo el tráfico entre Galicia y las dos Castillas, y aparecen con menos renombre los de la comarca valenciana y catalana. Véase G. Menéndez Pidal, *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, vol. 1, pp. 223-225.

boraba la reputación de pérfidos que tenían los valencianos en toda España, pues, había tenido ocasión de ver el camino bordeado con cruces de piedra de gente que asesinaron, a veces incluso en grupos de dos o tres (Mackenzie, 1831: vol. 1, 87). Sin embargo, esto le pareció una auténtica calumnia a Gautier quien atribuyó toda esta mala fama de los naturales a su aspecto beduino, puesto que su propia experiencia le demostraba la cortesía de sus naturales: «con frecuencia me he encontrado en el campo con gentes de muy mal aspecto que siempre me han saludado muy cortésmente» (Gautier, 1998: 379).

El viaje se transforma así en una experiencia educativa, pues, como explica José Francisco Villar, «mirando al otro se mira también hacia uno mismo» (Villar, 1998: 422). Este encuentro entre españoles y extranjeros retratado en la literatura de viajes creó así una comprensión de la alteridad de los otros y del «yo» como parte de una colectividad que con el tiempo ayudó a aminorar el etnocentrismo occidental.

## Bibliografía

- «Adornos de tocador» (28 de mayo de 1837), *Semanario Pintoresco Español*, pp. 163-165.
- ALBERICH, JOSÉ (1981), «En torno a los viajeros ingleses de la época romántica», *Imagen romántica de España*, vol. 1, Madrid, Ministerio de cultura, pp. 31-36.
- (11/1974-2/1975), «La imagen de España en la Inglaterra del Ochocientos», *Filología Moderna*, 15, 52-53, pp. 95-116.
- BUCETA, ERASMO (1923), «El entusiasmo por España en algunos románticos ingleses», *Revista de Filología española*, 10, pp. 1-25.
- BRU VIDAL, SANTIAGO (1995), «Alexander de Laborde y su visión ochocentista de Valencia y de su reino», *Valencia en los libros de viajes. Catálogo de la exposición*, Valencia, Ajuntament de Valencia, pp. 115-23.
- CABALLERO, FERNÁN (1991), *La Gaviota*, Enrique Rubio Cremades (ed.), Madrid, Espasa-Calpe.
- CALVO SERRALLER, FRANCISCO (1981), «Los viajeros románticos franceses y el mito de España», *La imagen romántica de España*, vol. 1, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 21-25.
- DEMBOWSKI, CHARLES (1841), *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile. 1830-1840*, París, Charles Gosselin.
- (1931), *Dos años en España durante la guerra civil 1838-1840*, Domingo Vaca (trad.), Madrid, Espasa Calpe.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN (1985), *Escenas andaluzas*, Alberto González Troyano (ed.), Madrid, Cátedra.
- FORD, RICHARD (1845), *A Hand-Book for Travellers in Spain, and Readers at Home, describing the Country and Cities, the Natives and Their Manners; the Antiquities, the Religion, Legends, Fine Arts, Literature, Sports and Gastronomy, Past and Present, with Notices on Spanish History*, 2 vols., Londres, John Murray.

- (1966), *A Hand-Book for Travellers in Spain, and Readers at Home, describing the Country and Cities, the Natives and Their Manners; the Antiquities, the Religion, Legends, Fine Arts, Literature, Sports and Gastronomy, Past and Present, with Notices on Spanish History*. Foreword by Sir John Balfour. Ian Robertson (ed.), 2 vols., Carbondale, Illinois, Southern Illinois University Press.
- (1988), *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, Jesús Pardo (trad.), Madrid, Turner.
- (1982), *Manual para viajeros por los reinos de Valencia y Murcia*, Jesús Pardo (trad.), Madrid, Turner.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo (1990), *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1971), *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*, Berkeley, University of California P.
- GAUTIER, Théophile (1998), *Viaje a España*, Jesús Cantera (ed.), Madrid, Cátedra.
- (1843), *Voyage en Espagne*, 2 vols., París, Victor Magen.
- (1853), *Wanderings in Spain*, Londres, Ingram, Cooke and Co.
- HAVERTY, Martin (1847), *Wanderings in Spain in 1843*, 2 vols., Londres, Parry, Blenkarn and Co.
- INGLIS, Henry David (1831), *Spain in 1830*, 2 vols., Londres, Whittaker, Treacher and Co.
- LARRA, Mariano José de (2000), *Artículos*, Enrique Rubio (ed.), Madrid, Cátedra.
- LITVAK, Lily (1984), *Geografías mágicas*, Barcelona, Laertes.
- LOCKER, Edward Hawke (1824), *Views in Spain*, Londres, John Murray.
- (1984), *Vistas de España*, José Antonio Zabalbeascoa (trad.), Madrid, El Museo Universal.
- «Los contrabandistas» (1840), *Semanario Pintoresco Español*, (239-240).
- «Los principios de 1789 y las modas francesas» (1854), *Semanario Pintoresco Español*, pp. 204-206.
- MACKENZIE, Alexander Slidell (1831), *A year in Spain by a young American*, 2 vols., Londres, John Murray.
- MENÉNDEZ PIDAL, Gonzalo (1992), *España en sus caminos*, Madrid, Caja de Madrid.
- (1988), *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, 2 vols., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- PARDO DE SANTAYANA, Jesús (1995), «Richard Ford, viajero por la España del siglo XIX», *Cuadernos hispanoamericanos*, 297, 29, pp. 491-521.
- PRATT, Mary Louise (1992), *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Nueva York, Routledge.
- ROBERTSON, Ian (1988), *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Barcelona, Serbal/CSI.
- SHAW, D. L. (1996), *Historia de la literatura española. Siglo XIX*, vol. 5, Barcelona, Ariel.
- SOLER PASCUAL, Emilio (2006), *Bandoleros. Mito y realidad en el romanticismo español*, Madrid, Síntesis.
- VILLAR, J. F. (1998), «La mirada del Otro. Notas a los *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica* de don Ramón de Mesonero Romanos», *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX: Homenaje a Juan María Díez Taboada*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

VOLTAIRE (1960), *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*, Hernán Rodríguez (trad.), Buenos Aires, *Librería Hachette*.

WHITTINGTON, George Downing (1808), *Travels through Spain and Part of Portugal, with commercial, statistical, and geographical details*, 2 vols., Londres, Richard Phillips.